



CRÓNICA DE UN PUEBLO

El vecino más viejo de la plaza

José Alberto Fernández Sánchez

Salieron todas las procesiones, las de lamento y las de gozo. Todas engastadas en brocados antiguos y unguidas con inciensos: ajó sus sedas el tiempo y allí ya estaba él, también desnudo y huérfano. Oía de vez en vez como fuera, tras la piel encalada del muro, tronaban acordes de soldadesca, reverberaban los paloteados danzados del Corpus, resonaban las voces de los niños tras la matraca irreverente de la Tarasca... Y nada. Desalojaron después el porche, dejaron libre para el sol y el tedio la pared vencida al occidente, a las promesas de mañanas que nunca amanecieron; vendieron el precio de las almas que a su sombra dormían en busca de doblón para una fosa. Quedó más desamparada la plaza sin su manto, sin aquel tejado pobre que cubriera la vergüenza de los cuerpos desamparados. Y no hubo lágrimas derramadas por los que dieron con sus huesos en aquel osario olvidado.



Se fue, incluso, la parroquia a vivir entre altares extraños. Aletearon los legajos y se apagaron los cirios, pero allí quedaron las lágrimas. Él las pudo ver y las consoló todas, entregando por su alivio hasta la piel de sus gastados pedestales. A cada plegaria un beso como en el tallo abrazado del junco, siempre prieto entre los dedos para ofrecerlo al infinito. Perdió, incluso, en el aferrarse más fuerte a los cimientos del templo, la púrpura de la clámide y el oro de su corona. Fue rey al que le valió como destierro la república soberana de un dosel siempre orlado de necesidades. Y allí veló sus entregadas armas, con paciencia, viendo pasar siempre de lejos la majestad: tantos ramos como clarines, tantos redentores yéndose siempre con turbas solemnes de hojalata e improperios de la vieja observancia.

Durmieron, por último, los rumores italianos que le alumbraron bajo la encomienda eterna de las ánimas. Pasaron de largo, incluso, los invasores franceses: también vio pasar las sombras de su arrogante religión laica. No fue digno, tampoco, de sufrir en su carne de madera el martirio irreverente de aquella afrenta obturada. Sombra era para casi todos: nadie quiso saber nada de aquel paria, de aquel nacido de padre y madre extranjera en aquella tierra sedienta y pobre. Ni siquiera la lluvia quiso acudir en su auxilio. Y allí quedó, sentado, un lustro tras otro; viendo sucumbir, ante sus ojos de tótem absorto, las cinchas cansadas del viejo artesonado; desvanecerse los tubos del órgano de tanto gastar, una y otra vez, las notas olvidadas de las liturgias de Trento.



Y todo pasó y fue ceniza ante el espejo inmisericorde del absoluto. Sentado todo lo veía ante el ópalo acrisolado de los siglos. Pasaron riadas y revoluciones, pestes y hambrunas, pero nunca sudó su rostro ni lloró sangre; extrañamente complacido ante todo. Siempre oteando futuros inciertos y pasados que nada valían, así como Jano con los ojos en un punto distante, desconocido. Se consumieron, como su carne, las viejas capillas; el ocre y la almagra de las fachadas. Le robaron, a la sombra de aquel porche, el reflejo dorado de los suntuosos bloques de caliza; se hundieron sus blasones y con ellos los apellidos que le dieron brillo. Emigró su lustre, secaron las fuentes del viejo cementerio, cesaron los heraldos de anunciar en su torre, trocó en silencio la saeta percutida de los bronces...



Y sólo quedó él, con sus manos amarradas a la desventura que a sus plantas se postraba. Estoico, flemático y manso ante el goteo mortecino de sus plañideras, exhalándoles a cada ruego letanías lánguidas, dulces e inaudibles. Sólo él, mudo y murmurante, el vecino más viejo de la plaza.

Cor Urbis

Álvaro Hernández Vicente

Era la Murcia de veranos ardientes y secos inviernos; la de bodegones, tabernas y fondas de San Pedro, donde en unas cocinas ramplonas, unos pucheros borboteaban dejando escapar un humillo ligero, entre juego, gritos y canciones. Era aquella Murcia de festejos y tardes de toros en Santo Domingo, donde nobles damas agitaban sus bordados pañuelos desde las tribunas, mientras el resto del pueblo vitoreaba tras las tablas, talanqueras y carrmatos, en una plaza repleta de encendidas cubiertas colgadas de los balcones, bajo la pétrea mirada de los salvajes que custodiaban el italiano palacio Almodóvar. Hacía tiempo que la vieja plaza mayor, la del Contraste de la Seda, había perdido su protagonismo en los albores del siglo XVIII, ante el continuo incremento de la población. El entorno de Santa Catalina siempre había sido el punto neurálgico, el centro histórico de la vida murciana. Evoquemos aquellos días.



Desde tiempos remotos, aquella plaza había sido creada para concentrar la vida cívica y comercial de la ciudad. Ciertamente respondía al tímido trazado de lo que debía ser una plaza mayor, pero el tortuoso trazado musulmán de sus calles no permitió que este espacio brillara con el encanto de otras plazas castellanas. Allí se encontraba la torre del reloj, que a su vez era la del templo de Santa Catalina. La vida de los ciudadanos se encontraba ligada al capricho de sus bronce: el toque de queda, invasiones, alertas, avisos para las gentes de la huerta, horarios para jornaleros y trabajadores; y como no, para el culto religioso, que junto a los toques de los vecinos templos de San Pedro, San Bartolomé, Santa Isabel y Madre de

Dios, convertían a Murcia en aquella Ciudad de Dios de la que hablaba San Agustín. Sin duda, fue la torre más alta de la ciudad hasta el siglo XVIII, cuando la torre de la catedral superó considerablemente la altura y relevó sus competencias. Sin embargo, desde época medieval, aquella torre, que tuvo almena fortificada, sirvió como defensa y protección a la ciudad ante cualquier ataque, incluso de tipo pirata llegado por mar. Una serie de almenaras dispuestas desde las costas del reino, avisaban mediante un sistema de iluminación por fuego, de la proximidad de un enemigo o alarma de sitio, de forma que la población tenía tiempo de tomar las armas, cuando el vigía de la torre de Santa Catalina veía arder la almenara de la sierra de Carrascos.

A la izquierda de aquella torre, se levantaban unos porches de estilo gótico-mudéjar en los que se celebraban sesiones oficiales del Concejo, reunían al Consejo de Hombres Buenos, servían de cobijo a vagabundos y harapientos, se colocaban puestos de mercado; y en horas de la noche, algún que otro enamorado pelaba la pava; o lo que era peor, individuos de mala vida se acurrucaban bajo sus ojivas, sin importar el tintineo de las llamas que ardían ante la mirada de las ánimas del purgatorio gritando entre las llamas a la Virgen del Carmen, en la hornacina que se encontraba a pie de la torre del reloj. De hecho, el templo fue sede de una

de las Cofradías de Ánimas de la ciudad. Sin embargo, ni el halo sagrado que debía infundir el respeto en los viandantes, logró disuadir los deslices de la noche, dando lugar a que el párroco hiciera realidad su petición de derrumbe.

Numerosas callejas medievales se resolvían en recodos sin salida. Aquel espacio abierto y rectangular que albergaba los edificios más destacados de la ciudad, suponía un área oxigenada e iluminada para todos sus transeúntes. Encrucijada de gente destacada, justicias, escribanos, negociantes, carreteros, vendedores ambulantes, campesinos, forasteros, vecinos y pregoneros. El incesante trasiego de comerciantes por la puerta principal del Contraste de la Seda, formaba parte de la estampa diaria que ofrecía aquella plaza, el murmullo de los compradores, el vaivén de las cargas de seda y el sonido de las monedas de plata y oro, retumbaba en las bóvedas de la planta baja de aquel colosal edificio, que construido en los primeros años del siglo XVII, ocupaba todo el frente sur de la plaza, otorgándole una arrogante personalidad, en un rancio estilo herreriano que mostraba los últimos ecos de aquel renacimiento que había llegado a la ciudad. El escudo real de Felipe III campeaba sobre la puerta principal, mientras que las seis coronas de la ciudad de Murcia por aquel entonces, aparecían rodeadas por unas guirnaldas de frutos de manera repetida en aquella fachada poblada de vítores. Aquel edificio no sólo sirvió para el próspero comercio de la seda y el cambio de moneda, ya que la primera planta se utilizó como sala de armas de la ciudad. Allí se albergaba todo el material bélico que debía defender la ciudad en caso de asedio. Dos edificios más, completaban esta especie de foro a la romana: la lonja, en el cierre norte de la plaza, que durante el día multiplicaba el número de transeúntes que acudían a adquirir sus productos; y la Carnicería Mayor, en lo que hoy los murcianos llaman plaza de las flores, convertida en un edén gastronómico. A finales del siglo XVIII, aquella Carnicería, atesoraría entre dos faroles, en una hornacina de estilo Luis XV, la última obra de Salzillo, una Purísima de exquisita factura. Acaso alguna noche, por las estrechas callejas, se distinguía una sombra en rogativa ante una capilla de las más de sesenta que se distribuían por cada esquina, calle y rincón de la ciudad.

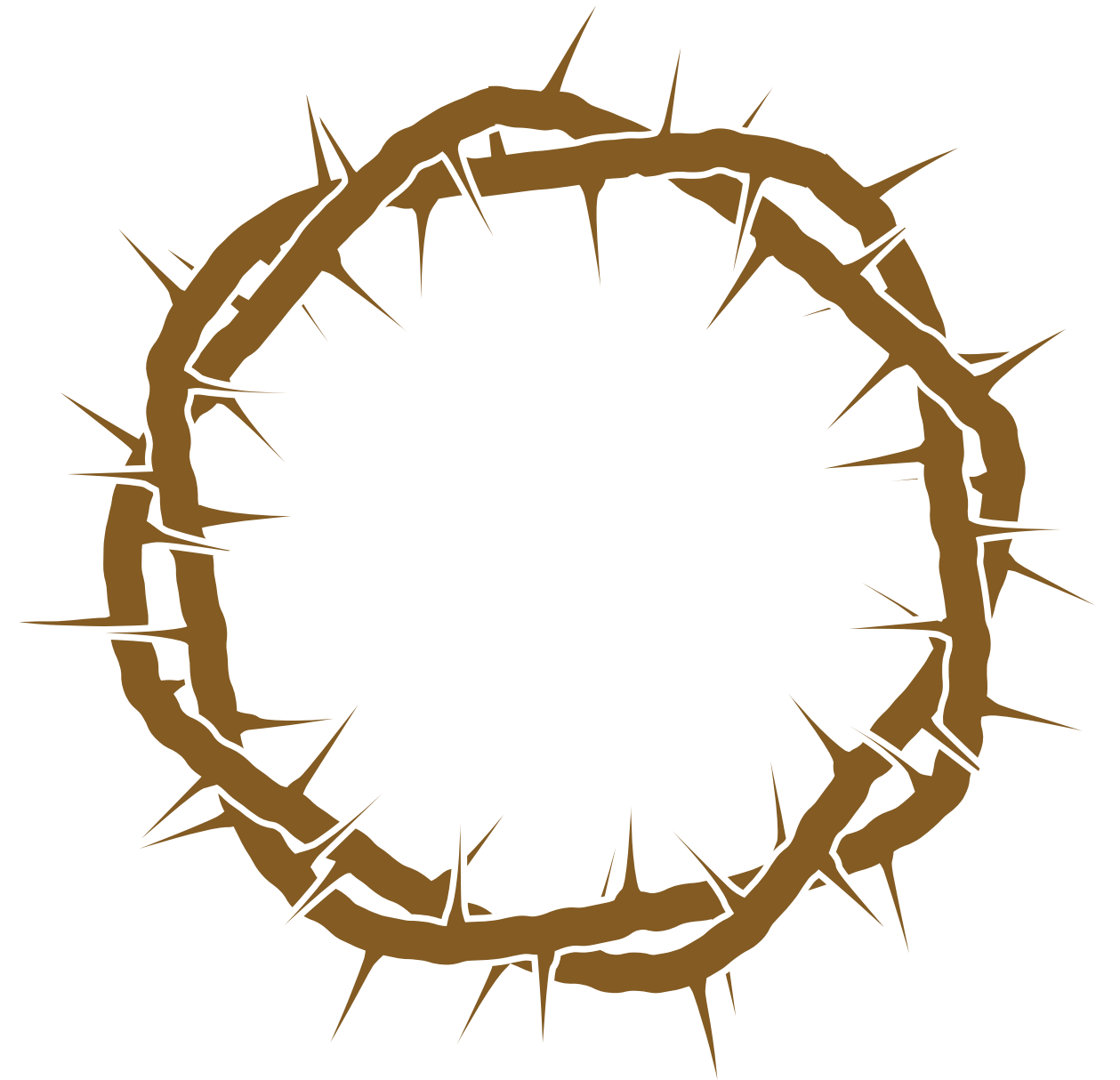


Vivía su edad de oro la nobleza, antes de ser condenada al más impasible de los olvidos. Numerosas familias, vecinas de la plaza, hacían gala de su limpieza de sangre a través de sus blasones y escudos de armas que intimidaban con afanes de grandeza a todo pechero que se dignase a mirarlos. Aquellas viviendas señoriales, transmitían las grandezas de glorias familiares y el orgullo de un linaje. Tras las cancelas y el repiquetear de las fuentes, los ecos de los patios porticados dejaban entrever a través de sus arcos, verdes jardines encerrados en su interior. Ceballos, Lisonos y Palareas entre otros linajes, proyectaban su nobleza en la plaza, tras unas fachadas humildes, armónicas pero carentes de ornamentación, dando lugar a palacios urbanos sencillos y sin grandes afanes de boato exterior. El entorno se manifestaba similar, una larga colección de nobles e hidalgos se repartía en las callejuelas de alrededor; desde la conocida plazuela de los Gatos a los contornos del convento de las Isabelas. De hecho, gran parte de todas estas familias vecinas ostentaron, a su vez, el patronazgo en diversas capillas de Santa Catalina: Melgarejos, Parejas, Zarandonas, Ceballos, Molinas, Saurines, Almelas, Vinadeles, Galteros, y una gran cantidad de losas sepulcrales que ocupaban todo el pavimento del templo, especialmente ante el altar mayor.

Y es que Santa Catalina, uno de los templos más antiguos de la ciudad, lució un hermoso aspecto que el siglo XX despojaría sin piedad. En tiempos de la reconquista, los caballeros templarios ya tuvieron allí su emplazamiento. A partir del siglo XVI, tras su reconstrucción, junto a la techumbre mudéjar numerosas obras fueron ornamentando el espacio a lo largo del tiempo. Entre ellos, el exquisito y renacentista relieve en mármol que representa a María asunta al cielo; la pintura mural sobre la cabecera de la iglesia, a modo de retablo, elaborada por el pincel de Sistori; o el retablo churrigueresco de aquella Dolorosa de manto terciado tallada por el insigne vecino del barrio, Francisco Salzillo, para la cual, sin tener ni cofradía, decenas de

devotos daban una limosna semanal, que permitía hacer la novena en su honor cada año. Toda esta realidad contribuía a perfilar aquella ciudad barroca, devota, acogedora y pintoresca.

Aquella afable visión, tan sólo ha quedado confinada en viejas fotografías. Sin embargo, todas aquellas imágenes desteñidas y amarillentas, ¿no poseen a su vez un encanto indescriptible? ¿Qué sensación de inestabilidad y eternidad a la vez! Quizá sea el momento de llevar una mano al pecho y cerrar los ojos ante semejante devenir. Todo es como esas nubes que cruzan los cielos, siempre distintas e iguales, como el ser humano que tras su marcha por la tierra es sustituido una y otra vez por otros seres humanos. Seguramente, otro hombre, en tiempos venideros, observe absorto, como nosotros, aquellas imágenes, mientras evoca esa Murcia perfumada de azahar. Pues como reza Garcilaso en su *Égloga I*: “¡No me podrán quitar el dolorido sentir, si ya primero no me quitan el sentido!” Y es que de aquel pasado dichoso, solo podemos conservar el recuerdo, la fragancia que diría Azorín.



La Caridad de Santa Catalina

Antonio Jiménez Lacárcel

Es habitual en Murcia identificar a las distintas cofradías, o sus procesiones de Semana Santa, a través de su correspondiente sede canónica, así, la Cofradía del Perdón siempre ha sido la de San Antolín, como la procesión de los coloraos es la del Carmen, por poner solo dos ejemplos. La Cofradía de la Caridad, como rezan sus constituciones, está vinculada al Templo de Reparación de Santa Catalina que, dejando al margen la trascendencia parroquial, tanto la iglesia como su entorno forman parte intrínseca de la historia de la ciudad de Murcia. De esta forma, la cofradía de las túnicas color corinto es, por tanto, la procesión de Santa Catalina.



Hablar de Santa Catalina, bien de su parroquia o de la emblemática plaza que lleva su nombre, es hacerlo de uno de los lugares más reconocidos de la Murcia contemporánea. Hoy, el entorno, forma parte de ese centro de carácter turístico identificado por su relación con la excelente gastronomía murciana. Pero Santa Catalina ha sido mucho más que eso en la estructura histórica de Murcia desde su fundación. A través de distintos documentos o libros relacionados con la historia de nuestra ciudad existen pruebas de ello. Si bien es cierto, la Iglesia de Santa Catalina no ha adquirido trascendencia en el ámbito de la Semana Santa de Murcia hasta la fundación, hace veintiséis años, de la Muy Ilustre y Venerable Cofradía del Santísimo Cristo de la Caridad. Tan solo podemos mencionar al respecto, que la iglesia de Santa Catalina fue sede de varios Cabildos en los años de 1735/36 de otra ilustre Cofradía murciana, la de Nuestro Padre Jesús, que debió buscar alojamiento para la celebración de sus juntas de hermanos, con motivo del pleito que mantuvo durante aquel periodo con los frailes agustinos.

Aunque la Iglesia de Santa Catalina si que tuvo adscrita una Cofradía del Santísimo Sacramento, la cual llegó a tener cierta importancia en el tiempo en el que la celebración de la festividad del Corpus Christi fue mucho más que un acto religioso, cuando llegó a ser una fiesta de carácter institucional y popular, ampliamente participativa. Esta Cofradía del Santísimo Sacramento de la Iglesia de Santa Catalina logró integrar entre sus miembros a un ilustre murciano y feligrés de esta parroquia, en la que adquirió el Sacramento del Bautismo el 12 de mayo de 1707: Francisco Salzillo Alcaraz, el cual llegó a inscribir su nombre entre los miembros de la dicha cofradía el 16 de enero de 1728.

Santa Catalina, la plaza, existe desde que Murcia adquiere el rango de ciudad, estructurada aún bajo una morfología típicamente musulmana, además de amurallada bajo carácter defensivo. Aquella plazuela formaba parte del eje que vertebraba la ciudad desde sus puertas de acceso a norte y sur. Tras la toma de Murcia por las tropas cristianas encabezadas por Jaime I en 1266, consagrada como Catedral la Mezquita Mayor, y así lo ha considerado la historiografía de manera unánime, lo mismo debió suceder con las seis iglesias parroquiales de Murcia situadas intramuros, cuya existencia conocemos ya en una fecha tan temprana como 1268: San Pedro, Santa Catalina, Santa Eulalia, San Nicolás, San Bartolomé y San Lorenzo. Así, una vez cristianizada

la ciudad, aquel lugar sería utilizado para ciertos menesteres comerciales como la venta de pescados y carnes, y sobre todo para la actividad de mayor auge de la población: la seda.

De aquella reducida plazuela existen algunas referencias de varias reformas urbanas que le otorgaron un mayor ensanche durante el siglo XV, aunque la de más trascendencia sería la iniciada en 1583 cuando se proyectó la construcción del nuevo y magnífico edificio del Contraste de la Seda, el cual presidió la Plaza de Santa Catalina hasta 1931, año en el que, lamentablemente, fue derribado.

Protagonista y testigo de numerosos actos históricos es la Torre de la Iglesia de Santa Catalina. Además, su altura le permitió ser lugar de vigilancia cuando la ciudad era amenazada por las tropas enemigas. En 1572 se procedió a una reforma integral de la misma llevada a cabo por Miguel Gutiérrez en la que fue dotada del único reloj de carácter público en aquellos años en Murcia. La campana de la torre también tuvo su protagonismo, al respecto, reseña Díaz Cassou en su obra “La Cuaresma y la Semana Santa en Murcia” lo siguiente:

“El toque de queda, desde el que, y hasta el alba, nadie podía salir a la calle, si no acreditaba que iba en busca de la comadrona, el médico o el Santo Óleo, sonó por primera vez en Murcia, en la noche del 24 de abril de 1684; se daba por la campana municipal o del relóx, en la torre de Santa Catalina, de 9 a 10 en invierno y de 10 a 11 en verano.”

Numerosos ejemplos podemos encontrar en las distintas crónicas históricas de nuestra ciudad del carácter que Santa Catalina tuvo, y porqué fue considerada como la Plaza Mayor de Murcia. Sirvió de escenario para la celebración de numerosos actos, entre otros, de comedias, corridas de toros y Autos de fe. Aunque, sin duda, uno de los actos más trascendentes vividos en Santa Catalina tendría como protagonista una histórica procesión. El 2 de enero de 1594, llegaron a Murcia las reliquias de San Fulgencio y Santa Florentina tras la mediación que para tal fin tuvo el obispo Sancho Dávila. Por la puerta del Azoque, bajo un arco triunfal de arquitectura efímera preparado para la ocasión, entraron las reliquias de los dos santos de Cartagena escoltadas por las fuerzas de Tercios y conducidas por el guardián del convento de San Francisco, fray Diego de Arce. En la solemnísimas procesión participaron todas las órdenes religiosas de la ciudad, y estaban también representados los gremios de oficios y los distintos estamentos y autoridades. Así desfilaría la procesión hasta llegar a la plaza de Santa Catalina, la cual lucía hermosamente engalanada y en la que se habían construido distintas tribunas para albergar al jubiloso público murciano. Allí tuvo lugar una rigurosa ceremonia oficiada por el propio obispo, antes de partir la comitiva hasta la Santa Iglesia Catedral a través de un itinerario provisto de adornos florales y altares en honor a las reliquias.

A finales del siglo XVIII, cuando se dieron por concluidas las obras de la plaza del Cardenal Belluga y de la Torre de la Catedral, tanto la plaza de Santa Catalina como el protagonismo de la Torre de la Iglesia y el de su campana pasarían paulatinamente a un segundo plano. La plaza poco a poco dejó de ser el corazón de Murcia. Además, un fuerte seísmo ocurrido en 1828 afectó gravemente a la estructura de la Torre, y el reloj tuvo que ser trasladado al Templo de San Antolín en donde se instaló.

En la actualidad, en dos sábados muy concretos y señalados de la Semana Santa de Murcia, Santa Catalina vuelve a ser la plaza más importante de la ciudad cuando centenares de nazarenos, ataviados con túnicas corinto o negras –dependiendo de la fecha–, invaden las calles para mostrar al pueblo de Murcia la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. De esta manera, cada año, esa histórica plaza de Murcia es tomada por una joven cofradía que lleva por nombre el fin principal de todo buen cristiano. Así, desde hace poco más de un cuarto de siglo, Santa Catalina es, y será, de la Caridad.

Bibliografía:

- CHACÓN JIMÉNEZ, FRANCISCO. 1979. Murcia en la centuria del quinientos
 DE CASCALES, FRANCISCO. 1614. Discursos Históricos de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Murcia
 DÍAZ CASSOU, PEDRO. 1897. La Cuaresma y la Semana Santa en Murcia.
 FUENTES Y PONTE, JAVIER. 1881. Fechas murcianas
 MOLINA SERRANO, FRANCISCO. 2015. Cofradía de Jesús. Cronología histórica (1529-2014)
 NAVARRO PALAZÓN, JULIO; JIMÉNEZ CASTILLO, PEDRO. 2016. Murcia, la ciudad andalusí que contempló Alfonso X.

La torre de Santa Catalina

José Emilio Rubio Román
Mayordomo de Honor

Cuando miramos a la torre de Santa Catalina, sobrepasada absurda y antiestéticamente en altura por el edificio lindero, cuesta trabajo creer que durante siglos fuera regidora de las horas, los días y los años de los murcianos, no sólo como testigo de los principales acontecimientos cívicos y religiosos, por la condición de plaza Mayor que tuvo la que se abre a sus pies, sino por la instalación en ella del reloj municipal.

Eso fue desde finales del siglo XVI hasta el primer tercio del XIX, cuando la urbanización del Arenal, la creación de la nueva plaza de Palacio, la terminación de la gran torre de la Catedral y, en último término, el derrumbe de la vieja atalaya, de mayor altura que la actual, dieron lugar a que el céntrico espacio nominado por la santa de Alejandría perdiera buena parte de su protagonismo y el campanario de nuestro relato su función. Fue por entonces cuando la iglesia experimentó la que es tenida por la primera de sus dos principales transformaciones.

La ruina de la torre de Santa Catalina fue provocada el 21 de marzo de 1829 por el denominado ‘terremoto de Torrevieja’, que asoló la población costera y provocó gran mortandad en Almoradí. Causó en toda aquella comarca alicantina 389 fallecidos, 377 heridos, 2.965 viviendas completamente destruidas y 2.396 dañadas.

La tremenda sacudida echó abajo la que había oficiado hasta entonces como torre de señales por su segundo cuerpo, donde se hallaban la campana y el reloj de la ciudad. No fue el único ni el último temblor, y en la mañana del 18 de abril hubo otro fuerte movimiento que produjo general espanto en la población. En relato de Frutos Baeza, “aquella tarde hubo junta de autoridades para tratar de la conveniencia de trasladar a las afueras de la ciudad las oficinas del ayuntamiento. El acuerdo fue que cada autoridad obrara como Dios le diera a entender. El ayuntamiento se instaló en la feria (plaza de Santo Domingo).”

El escritor costumbrista, llamado por Jara Carrillo ‘el último panocho’, contaba: “como eran tantos y tan frecuentes los terremotos, la gente acomodada de la ciudad se trasladó a la huerta; se construyeron barracones en el Malecón y otros sitios próximos despoblados; se pidió licencia al Rey, y se consiguió, para reponer en sus antiguos nichos las imágenes de la Purísima en el Malecón, la Virgen de la Fuensanta en la Alameda del Carmen y la del Rosario en la plaza del Esparto (hoy de Romea).”

Además, y como era de razón, “se nombraron comisiones para reconocer los edificios públicos, resentidos en su mayoría, así como la parte que quedaba en ruinas de la torre de Santa Catalina; se crearon rondas para vigilar la ciudad, donde la mayoría de las casas estaban cerradas”, y, como piadoso colofón, “se sacaron en procesión de rogativa las imágenes de Jesús Nazareno, de la Virgen de la Fuensanta y las reliquias de los Santos Patronos”. Los daños en la huerta se calcularon en cerca de 6,5 millones de reales.



Como consecuencia de aquellos sismos y del derrumbe, en julio de 1836 podía leerse en el Boletín de la Provincia: “Llamamos la atención del ilustre ayuntamiento de esta Capital para que provea que tengamos relojes, pues con la supresión de conventos se pararon los de san Francisco y san Agustín, y con el rebajo de la torre de la iglesia de Santa Catalina nos quedamos sin el de la ciudad, que parece regular se pusiera en una de las torres de san Antolín; y como ignoramos la causa de estar parado el de la Misericordia, repetimos que deseamos tener más relojes que el de la Catedral, que se adelanta o atrasa al gusto de los señores capitulares.”



La segunda gran obra de Santa Catalina tuvo lugar a primeros del siglo XX. Y nada tiene de extraño que así fuera, a juzgar por el relato que Martínez Tornel hacía del estado de la torre en febrero de 1886. Así lo describió el recordado periodista: “no sólo está fea, sino que afea una de las plazas más alegres, transitadas y simpáticas de esta

ciudad”. Y proponía: “si no hay fondos para adecentar toda la torre, debe intentarse, al menos, asearle la cara que da a la placeta, quitándole aquel azul, no turquí, sino azul cielo, que nos parece que quita hasta la gana de entrar a la pastelería.”

Aludía Tornel a la que hubo en los bajos del inmueble vecino, como puede apreciarse en las fotos antiguas, como se aprecia también el cuadro de las ánimas protegido por un tejadillo triangular, que no escapaba a la consideración del director del ‘Diario de Murcia’: “echémosle a la estameña de que está vestida esa torre las vistas de hilo del color que diga el sr. Belando. Sin olvidar el cuadro de las Ánimas, que también está macatuqui.”

Año inolvidable

Encarna Talavera Gómez
Pregonera de la Semana Santa de Murcia 2018

Lejos queda aquella tarde de noviembre, donde recibí la llamada por parte del Cabildo Superior de Cofradías en la que se me comunicaba que sería la pregonera de la Semana Santa de Murcia 2018. Un cúmulo de sensaciones sentí en mi interior. La emoción, los nervios y las lágrimas se convirtieron casi de inmediato en la responsabilidad de sentirte que serás la portavoz, el altavoz de miles de cofrades murcianos, convocándoles a vivir la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. A los pocos días, más tranquila y sosegada, me senté por primera vez delante del ordenador y pasé por la angustia de enfrentarme a un folio en blanco, a no poder juntar cuatro líneas seguidas, al agobio temporal de no saber expresar los sentimientos tan arraigados que pueden vivir los cofrades al llegar cada Semana de Pasión.

Y decidí comenzar con la colaboración de los actores del Musical La Pasión: “Jesús sigue muriendo hoy”. Ellos representaron la entrada de Jesús en Jerusalén arropado por el pueblo hebreo. Los actores ciezanos, desde el primer momento accedieron a participar en el pregón, por lo que les estaré eternamente agradecida.

Todo pregón ha de ir acompañado por un buen repertorio musical, que puede desarrollarse al término del mismo o durante el relato; y me incliné por esta segunda opción. Como no podía ser de otro modo, La Unidad de Música de la Academia General del Aire coparía el protagonismo musical en el año en el que celebraban su 75 aniversario en nuestra Región. Maravilloso el repertorio que elegía con la sugerencia de su director, el capitán Casteller. Pero si tengo que hablar de la banda sonora de ese día, de ese acto, de ese pregón, quiero destacar del exquisito trabajo que realizó Joaquín Yelo al componer para mi pregón y regalarnos a todos los cofrades la pieza “Pasión en Murcia”.

No olvidaré la generosidad de cuantos participaron el pasado 18 de febrero de 2018 en el Teatro Romea comenzando de esta manera. El folio en blanco empezó a llenarse de palabras:

“Este fragmento de la Pasión de Cristo que acaban de representar los actores del musical La Pasión, Cristo sigue muriendo hoy; es uno de los relatos que aparece en los cuatro Evangelios. La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén en lo que conocemos como el Domingo de Ramos, evidencia que la entrada mesiánica fue un acontecimiento importante.

Las multitudes le daban la bienvenida saliendo de sus casas alegres, con mantos, pañuelos, palmas o ramas de olivo. Celebraban la llegada del Mesías. Una historia llena de contrastes pues el que llegaba como Rey vestía como un pobre, y venía a reinar sin emplear la fuerza, solo con misericordia y amor.

Y precisamente es eso lo que vengo a contarles esta mañana. La Historia de Amor más grande en la tierra.”



*Dulcísimo Cristo mío,
aunque esos labios se bañen
en hiel de mis graves culpas,
Dios sois, como Dios habladme.*

*Habladme, dulce Jesús,
antes que la lengua os falte,
no os descendan de la cruz
sin hablarme y perdonarme.
Lope de Vega*

A partir de ahí, me dejé llevar, aunque creo que Él también me llevaba de la mano, ya había llegado el momento, ya había llegado el día y había que darlo todo. Pasaron los minutos, sonaron una tras otra las marchas de la Unidad de Música de la AGA y casi dos horas después, el final, cuando deseas feliz carrera y feliz Pascua de Resurrección.

A partir de entonces, multitud de actos cuaresmales, me llevaron a conocer el enorme trabajo que desarrollan las cofradías murcianas durante esas fechas. Quinarios, triduos, vía crucis, traslados... En Cuaresma y Semana Santa pude vivenciar el trabajo de todas y cada una de las cofradías que conforman el Cabildo Superior de Cofradías de Murcia en la preparación y puesta en escena de sus desfiles penitenciales. Cada una con su propia idiosincrasia y sus propios ritos.

Y llegó el Viernes de Dolores, primer día de procesión. Siempre he sido nazarena de silla y cámara, y vestir por primera vez una túnica me llevó a experimentar sensaciones nuevas y desconocidas para mí. Tuve la fortuna de poder sentir como se vive en una casa nazarena las horas previas a una procesión, todo el ritual en el que se convierte vestirse de nazareno, los nervios en los minutos previos a la salida del desfile penitencial y por fin, siempre acompañada de la Nazarena del Año, mi querida María Ignacia Ródenas, viví mi primera procesión desde debajo del capuz, en silencio y desde el anonimato, sintiendo y viviendo durante las horas que tus pies caminan por una Murcia echada a la calle, momentos de auténtica introspección y oración, que se enfrentaba al bullicio de mi alrededor. Al final de la calle Riquelme, casi a la recogida de la procesión, una saeta estremeció mis sentidos y en ese mismo instante, el Señor me habló diciéndome que el amor todo lo cura y que abriera mi corazón a mis sentimientos.

Y así, día tras día, procesión tras procesión, asistí a la semana más hermosa de cuantas se celebran en Murcia. La viví desde dentro y tratada con exquisito cariño por parte del Cabildo. Una Semana Santa, la del 18, inolvidable, pues me enriqueció como persona y me proporcionó la felicidad de la que gozo hoy. Gracias a todos y en especial a aquel que cada día se preocupó por saber cómo había acabado la procesión y que hoy, sin duda, pondría en la dedicatoria de mi pregón.

A Manuel Lara Serrano

